



Techno y el nervio vago



para sustraerse al omnipresente Jolgorio, al constante batiburillo de heavy metal, Vivaldi, tecno, septeto folklórico de viento y Spice Girls, equivalen a una minusvalía.

En el caso del sonoalérgico, el concepto de minusvalía refleja un cambio de significado interesante y tal vez rico en consecuencias. Por "minusválido" se ha venido entendiendo la persona que ha perdido el uso de determinados órganos o miembros. Sin embargo, lo que caracteriza a la víctima del martilleo sonoro, es justamente, que tiene oídos para oír; su minusvalía consiste en que tiene intacto el órgano auditivo. Eso es lo que lo convierte en un ser indefenso, ya que mientras los ojos están dotados, providencialmente, de párpados, mientras que uno puede taparse la nariz cuando percibe un olor desagradable, los oídos están expuestos sin la menor defensa a toda clase de ataques. Los dedos y las manos no ofrecen al timpano la menor protección frente a los artefactos que llenan el entorno acústico con sus chorros de decibelios de martillo neumático. Y cambiar de casa no sirve de nada, porque hasta las zonas residenciales menos densas cuentan ya con sus centrales generadoras de sonido. A pesar de todo, no puede negarse que los pesados cascos de obrero industrial o aquellos que se emplean en las pistas de aterrizaje de los aeropuertos procuran de vez en cuando una pausa libre de músicas.

A los padecimientos normales asociados a la náusea se añaden otras lesiones más sutiles. El exceso de estímulos sonoros puede provocar una serie de alteraciones psíquicas. Muchas personas alérgicas al ruido huyen de su entorno y acaban en el más completo aislamiento. Tan desagradables como los componentes depresivos son los impulsos agresivos que el sufrimiento puede desencadenar. Quien se siente excluido de casi todos los espacios accesibles al público reacciona a menudo con ira y odio, estados de ánimo que no sólo les resultan agotadores a los alérgicos. La tentación de disparar con un kalashnikov contra todo lo que tenga aspecto

de altavoz amenaza con hacerse irresistible; sólo el convencimiento de que ello no haría sino elevar todavía el nivel de ruido disuade al sujeto de la ejecución de semejante acto.

Y cuando llegue a estos extremos, o tal vez antes, el sonoalérgico no tendrá más remedio que preguntarse: "¿quién es aquí el enemigo: el prójimo o yo?" Quién se sabe sometido a la persecución de alguien más poderoso y percibe la inutilidad de cualquier forma de resistencia experimenta los efectos de aquel mecanismo que el psicoanálisis llama identificación con el agresor. Resultará al final que el que está privado de razón es el mandril aullador y no su víctima? Delicada cuestión... La mayor parte de las personas sometidas a la aspersión sonora parecen haber aceptado su condición de presa. Es más: hasta parecen desear ansiosamente el ataque. Eso explica que el género humano haya llegado a la conclusión de que el discapacitado tiene la culpa de su propia discapacidad y considera que quien perturba el sosiego público no es el frenético autor de la agresión, sino su víctima.

Una situación complicada y sin salida... Así parece, por lo menos. Pero no hay que perder la esperanza. Cuántas veces hemos visto cómo el pesimismo cultural absoluto se veía obligado a reconocer sus errores. Además, la ciencia dispone ya de una solución para el problema del terror musical. Los estudios más recientes indican que un tercio de quienes hoy tienen de 12 a 35 años de edad sufren pérdidas auditivas irreversibles: una ventaja que no hay que subestimar desde el punto de vista de la lucha por la supervivencia. Y esto, habida cuenta de los progresos de la industria del entretenimiento, sólo puede ser un comienzo de lo más prometedor. Al mismo tiempo evolucionan con igual velocidad los audífonos. Sólo es cuestión de tiempo: la neurología y la electrónica llegarán a un nivel tal, que el problema quedará resuelto. El aparato auditivo será sustituido por un circuito electrónico integrado, un dispositivo regulable a voluntad. Cuando el medio ambiente nos ofrezca música al nivel de decibelios de un motor de reacción bastará apretar un botón para que reine en el cerebro el silencio más absoluto. Como sucede con otros problemas medioambientales, esta solución técnica inaugura también sólidas perspectivas económicas: la industria podrá obtener beneficios tanto de la producción de ruido como de su eliminación y crear de esta manera puestos de trabajo. Por desgracia, un servidor tendrá que aceptar que el final feliz le llegue demasiado tarde. Un servidor oye perfectamente: por eso tendrá que seguir vomitando a cada paso.

Este artículo tomado de Inter Nationes fue publicado por primera vez en Der Spiegel (Alemania)